

DISCURSO RECTOR UVa

ACTO DE INVESTIDURA DE DAVID PADUA COMO DOCTOR HONORIS CAUSA POR LA UVa

Dicen en la vida, en general, que la costumbre es enemiga del ser humano y, especialmente, de la creatividad. Dicho de otro modo, si cogemos cualquier argumento y le buscamos las cosquillas con verbo fácil, demagogia, datos objetivos, reflexiones y citas de dudosa autoridad, a partes iguales, se puede negar cualquier realidad, o vaciarla de contenido, o convertir en trivial lo importante.

Yo soy solo un químico bastante práctico, pero en esta misma Institución podríamos echar mano de excelentes pensadores y filósofos para hablar del fenómeno y del nómeno y, quien sabe, si de amigos expertos en física... para hablar de universos y realidades paralelas a la que creemos vivir y conocer tan bien.

Le di vueltas a esto de la costumbre, como nuestros amigos juristas hacen con el derecho consuetudinario, porque quiero; no, mejor dicho, necesito que cada acto de reconocimiento y proclamación de un nuevo doctor honoris causa por la Universidad de Valladolid sea único, original y exclusivo.

Después, al preparar estas palabras, me di cuenta de que cada acto lo es, de forma ontológica, en sí mismo. Lo es porque lleva un nombre propio y una carrera y una vida brillante como justificación primera y última y porque queda refrendado por personas importantes y destacadas en el devenir de esa persona reconocida.

Al final, lo único que pretende este humilde y breve orador es poner el estrambote agradecido a un hermoso soneto que conforman todos los demás participantes en la ceremonia.

Dicho esto, ya me quedo tranquilo porque, parafraseando a Franz Kafka, la pregunta deja de arrastrarse en derredor de la respuesta y todo, en aras de la simplicidad, debe confluir para hacer aprehensible la forma compleja de explicar el mundo desde todas sus ópticas.

Creo que ya se ha dicho aquí, pero tengo que recordar que, después de graduarse en Informática en la Universidad de

Venezuela, la tesis con la que David Padua se doctoró en la Universidad de Illinois en 1980 versó sobre 'Multiprocesadores de alta velocidad'. Es decir, en una época en la que los ingenieros de IBM estaban intentando empezar a atisbar el diseño del primer ordenador personal compatible, que ya es impresionante.

Intento recordar con una media sonrisa dónde estaba yo y qué idea albergaba entonces mi mente de la informática, como todos mis paisanos de aquella época, y pienso que todavía quedaba muy lejos el momento en el que el primer ordenador personal habría de llegar a mis manos inexpertas.

Sí recuerdo haber puesto mis manos, no en el año 80, sino a mediados de aquella década, en aquellas cajas tan atractivas con pantallas de fósforo y que ni siquiera tenían un disco duro. Recuerdo el poder que sentía al superar el *floppy* de cinco un cuarto que se estropeaba con mirarlo y sentir el tacto de los nuevos discos de tres pulgadas y media. Pues uno de aquellos 'disquetes', como los llamábamos, era el disco duro de aquel ordenador.

Los usuarios potenciales de todo el mundo aguardábamos, como convidados de piedra, sin saber ni lo que ocurría ni lo que podría ocurrir, mientras personas como el profesor Padua buceaban en el lenguaje y las tripas conceptuales de las máquinas que habrían de acabar estando presentes en casi cada instante de nuestra existencia.

En el mismo continente en el que se formaba David Padua, tipos como Bill Gates y Steve Jobs desarrollaban las posibilidades informáticas desde una óptica con un beneficio más inmediato, mundano y reconocido popularmente.

El profesor Padua analizaba dependencias, trasteaba con códigos, comprobaba iteraciones de bucles y conformaba la paralelización de programas para sentar algunas bases del futuro que hoy disfrutamos. Seguramente, el premio pecuniario no fue tan bueno pero tengan por seguro que su forma de trabajar y sus resultados han pasado también a ocupar un lugar destacado en la historia de un mundo que, como un diamante, necesita todas sus facetas para aprovechar de verdad la luz.

Eso es lo que se llama adelantarse a su tiempo, tener una visión global de lo que pueden llegar a ser las cosas y saber ir por delante de lo que la tecnología requiere a cada momento, como muy bien explicó hace unos minutos el doctor Diego Llanos.

Es la quintaesencia de la búsqueda del conocimiento, de mejorar nosotros, al tiempo que desarrollamos la mejor versión posible de nosotros mismos para que puedan degustar los frutos de

ese saber las generaciones venideras. En su caso, la idea es tan asombrosa como conseguir traducir a términos informáticos y de programación el concepto de que 'la unión hace la fuerza' y de que las máquinas pueden trabajar juntas para hacer de un modo más eficiente y rápido operaciones infinitamente complejas para una sola.

El entramado maravilloso que hace que el mundo universitario se interrelacione y se dote de sentido y de contenido para evolucionar por sí mismo hizo que el trabajo desarrollado por el profesor Padua tuviera un afortunado vector hacia la Universidad de Valladolid, donde influyó en la labor investigadora del grupo dirigido, precisamente por los doctores Llanos Ferraris y González Escribano, de la Escuela de Ingeniería Informática, y sirvió de fuente de inspiración para propios y extraños, con la computación paralela como arma definitiva.

La conexión específica es esa. La descripción, más bien, porque la conexión real con la Universidad con mayúsculas es siempre la misma: La Universidad existe para observar, analizar, detallar, buscar, recoger, compilar, sacar conclusiones, mirar hacia delante, ayudar a mirar hacia delante a quienes no tienen por qué entender nada de lo que hacemos y ser conscientes de que participamos en el motor fundamental del saber, del ansia de conocer, de lo que nos permite hacer mejor el mundo en el que vivimos y generar la fuerza de la esperanza en el futuro y en el ser humano.

Desempeñar la función de rector de una institución académica como esta proporciona una ocupación incesante y, en algunos aspectos, tediosa, por lo que a la gestión pura y dura se refiere. Lo que ocurre es que es imprescindible hacerla y hacerla bien. Pero también debo decir que esta función me permite hablar a cada momento con personas que saben muchísimo más que yo de todas las áreas del conocimiento.

Me viene a la cabeza algo que dijo Eleanor Roosevelt hace, por lo menos, un siglo. Era algo así como que las mentes brillantes hablan de ideas; las mentes mediocres hablan de sucesos y las mentes inferiores hablan de otras personas. Pues concédanme el privilegio de haber hablado hoy, solo un poco, de otra persona sin castigar a mi mente por ello. La intención es la mejor posible que pueda pasarseles por la cabeza.

Sin ir más lejos, seguro que se han dado cuenta de que el doctor Padua habló mucho de otras personas durante su alocución y yo tomé nota de que no hizo una exposición de sus propios logros sino, precisamente, de los logros de otras mentes brillantes.

Él supo hilar muy fino para crear corrientes e ideas nuevas y desarrollar esa línea de trabajo que ha contribuido a la evolución de la ciencia que ayuda a todas las demás y que contribuye a que podamos desde tener una economía y comprar chicles hasta pensar en viajar a Marte o leer un periódico, pasando por curar nuestras enfermedades y predecir el tiempo.

Enhorabuena por un reconocimiento que, probablemente, debería haber llegado mucho antes y gracias por habernos hecho partícipes, testigos y beneficiarios de su trabajo brillante, innovador y esforzado.

Quiero acabar también, como el Dr Padua, haciendo referencia a la leyenda del escudo de nuestra universidad: En esta casa de la sabiduría tiene usted, Dr. Padua, su casa.

Muchas gracias.